

La guerra en Ucrania que se ha colado en Europa cuando comenzada la aparente recuperación de la pandemia ha despertado una oleada de solidaridad que ha espoleado a miles de ciudadanos a actuar para ayudar a estos refugiados, que se parecen a los que no hace tanto veíamos salir de Siria o más atrás en el tiempo de los Balcanes. Esta vez en un mundo hiperconectado, con Facebook, Instagram, Twitter y con las imágenes del horror de unas personas que podríamos ser cualquiera de nosotros en los telediarios, la brutalidad de la guerra moderna ha movilizad como nunca a la gente.

Se estima que desde que Putin inició la invasión de Ucrania hace poco más de un mes tres millones de personas –la mayoría mujeres y niños, los hombres de entre 18 y 60 tienen que quedarse–, han salido del país. La provincia de Ciudad Real, con lazos con los afectados por la catástrofe de Chernóbil desde hace décadas, ha sido de las primeras en volcarse. Hasta la frontera con Polonia viajó una familia de Ciudad Real para traer a la niña que acogían los últimos veranos y a dos hermanas más; otras menores se reunieron por cuenta en Puertollano (en uno de los últimos vuelos internacionales de Kiev) con la familia que las acoge en verano, antes de que empezara la guerra.

Y ha habido más gestos solidarios. Crean (Ciudad Real en Ayuda al Niño) ha enviado a Polonia un autobús en el que trajo a medio millar de desplazados, y ocho voluntarios de Alhambra, en una expedición promovida por Paco Saldívar, exmédico de esa localidad, hicieron un viaje relámpago a Polonia cargados de ayuda humanitaria para volver con 21 personas, de las que nueve permanecen en las pequeñas Alhambra y su pedanía Pozo de la Serna.

Se estima que en este tiempo unas 200 personas (la semana pasada eran 170) han solicitado a través de la comisaría de Ciudad Real el permiso de protección inicial que les permita acceder a la sanidad y la educación. En España los ucranianos que huyen de la guerra tienen prioridad sobre el resto de migrantes, y no tienen ni que pedir cita previa para las gestiones.

Pero tras estos gestos admirables de decenas de ciudadanos viene lo más duro: el después. Estas personas no están aquí por trabajo ni para buscar una vida mejor, están aquí para sobrevivir. Salen de una guerra, vienen rotos, y necesitan tiempo para curar sus heridas.

“En Alhambra estamos todos volcados facilitándoles comida y atención, pero es tanta la ayuda que se agobian. Conseguir que se abran sin miedo ni desconfianza está siendo laborioso”, asegura Eusebio López, el voluntario alhambrense que hace de ‘enlace’ con estas familias, y que participó en “la aventura” que supuso el desplazamiento hasta Varsovia para recogerles el pasado 11 de marzo.

“El ritmo que se les pide supera sus posibilidades”

“Los refugiados que llegan están rotos, necesitan curar sus heridas en silencio. Las familias de acogida, en su afán por ayudar, no siempre tienen paciencia, se preocupan por si necesitan un psi-



cólogo, buscarles trabajo o hacen preguntas del tipo a qué se dedicaban en su país. El ritmo que se les pide supera sus posibilidades”, se sincera Anfisa Motora, ucraniana residente en Valdepeñas y

“Están rotos. A las familias de acogida les pediría mucha paciencia”, dice Anfisa Motora, ucraniana de Valdepeñas que acoge a tres refugiadas de Irpín

traductora voluntaria tanto del grupo de Alhambra como de otras personas que acoge en su casa.

“Ahora los ucranianos somos una familia”

Natural de Mariúpol, Anfisa no solo hace de intérprete, también les da clases de castellano y ha crea-

do un grupo de Telegram para que los recién llegados le consulten dudas. “Mi padre está en Mariúpol, ante la frustración de no poder hacer nada por mi propia familia hago lo que está en mi mano por mis compatriotas”, “ahora los ucranianos somos todos una única familia”, dice emocionada.

Ella misma acoge a una familia que huyó de Irpín, una tranquila ciudad residencial del área metropolitana de Kiev, hoy una población arrasada por las bombas. “Es una ciudad muy bonita, tranquila, en la que vivía gente de clase media, jóvenes, con bosques en los que podían salir a pasear y han venido los rusos, la guerra, y lo han ametrallado todo”.

Su familia de acogida llegó hace unos días tras pasar el último mes en Polonia. Le han mostrado fotografías de cómo ha quedado su piso: cristales con trapos, paredes ametralladas “y lo consideran buena suerte porque todavía dicen que si no se quema lo renovarán”, cuenta. También le hablan de sus deseos de volver, “todos los ucranianos que